

HIJOS REBELDES.... ¿CON O SIN CAUSA?

RICO LLORCA, EVA. Psicóloga. Clínica de psiquiatría y psicología. Elche. Alicante.

Entender el motivo por el que un niño no sigue las indicaciones de sus padres puede ayudar a conseguir que lo hagan. La *desobediencia* es una forma de expresar diferentes situaciones por las que atraviesa el niño en su crecimiento, y en cada edad puede manifestarse de diferentes modos.

En cualquier caso, siempre hay causas que la justifican como:

Que lo que se pide al niño no se corresponda con su nivel de comprensión.

Que demos varias órdenes a la vez, e incluso que éstas sean contradictorias.

Que el niño no se sienta capaz de satisfacer una demanda porque ésta supere sus capacidades.

Que sepa que alguien hará por él lo que se le pidió.

La necesidad de llamar la atención del entorno (la mayoría de veces estamos más pendientes de nuestros hijos cuando se comportan de forma inadecuada, aunque sólo sea para advertirles o regañarles). Por otra parte, el niño ya desde sus primeros años intenta experimentar la independencia, y quiere diferenciarse del deseo de sus padres para ir construyendo su propia personalidad. Así, alrededor de los 2-3 años comienza a decir "no" indiscriminadamente tratando de *afianzar su identidad*.

La desobediencia, el negativismo, es su forma de mostrar sus necesidades

y deseos, de sentirse único, original. Requiere nuestra valoración y reconocimiento pero no una exagerada protección. Esta actitud es lo que entendemos por *rebeldía*, y en este sentido, es parte de un desarrollo sano, que tiene su momento más álgido en la adolescencia. Mediante el comportamiento rebelde nuestros hijos intentan establecer sus propios criterios de conducta, poder fijar sus límites y ver hasta donde llegan los nuestros. Se cuestionan las normas impuestas y el valor de éstas.

Pero cuando esta necesidad de diferenciarse del otro, de "medirse" frente la autoridad, no es canalizada adecuadamente, puede convertirse en la expresión de conductas negativistas y desadaptadas que pueden llevar a los jóvenes a elecciones poco afortunadas e incluso perjudiciales para sí mismos, convirtiéndose en un verdadero problema para su entorno. Como padres y educadores podemos prevenir que esto ocurra, facilitando en los jóvenes una interiorización de normas y valores que les permita desarrollar una adecuada autoestima.

Para ello, tengamos en cuenta las siguientes "sugerencias":

Ofrecernos como modelos, como soporte y apoyo. Nuestra experiencia puede ser un buen referente para ellos, siempre que nos coloquemos en disposición de ser preguntados, defendiendo nuestras opiniones pero

sin imponer, sin más, nuestros criterios.

Escucharles. No sólo cuando nos hablan, sino tratando de interpretar sus gestos, estados de ánimo, comportamiento, etc.

Mantener una actitud firme, pero sin llegar a posturas rígidas que nos impidan negociar.

Ser razonables y coherentes en nuestras demandas y expectativas. A veces pedimos justo aquello que ni siquiera nosotros somos capaces de cumplir.

No culpabilizar ni desvalorizar. Sentirse inútil o humillado lleva a reafirmarse más en el negativismo.

Ser conscientes de nuestras limitaciones. El hecho de tener más edad y experiencia no implica que no podamos cometer errores. Los hijos necesitan que les transmitamos seguridad, pero también les tranquiliza pensar que no somos infalibles y que admitimos equivocarnos.

Y sobre todo, *ponernos en su lugar.*

No olvidemos que también fuimos niños. Como ellos, nos sentíamos inseguros e incomprendidos por nuestros padres, pero en lugar de admitirlo ante ellos, tratábamos de “fingir” una anhelada autosuficiencia ignorando sus mejores consejos (percibidos como imposiciones).

Finalmente, grabemos estas palabras en algún rincón de nuestra memoria:

COHERENCIA, FIRMEZA,
COMPRENSIÓN, TOLERANCIA,
CONFIANZA Y...

¡PACIENCIA! y acudamos a ellas cuando nos sintamos “padres al borde de un ataque de nervios”.